

La traducción, utopía realizable

Salvador Peña Martín

Recibí la noticia de que me habían concedido el V Premio Internacional Gerardo de Cremona con una mezcla de sentimientos: agradecimiento, sorpresa e inquietud. Mezcla que ha permanecido inalterada porque, en realidad, esos tres sentimientos son los mismos que me suscita la traducción en sí.

Mi agradecimiento, pues, viene de antiguo, aunque se condense de manera especial en estos instantes. Les estoy agradecidos a los traductores y les estoy agradecido a quienes velan por la traducción, como hacen las instituciones aquí presentes. Le estoy agradecido a la traducción misma, que es una de las pocas utopías que podemos ver realizada; a la traducción, que es, junto con la música y tal vez con la cocina, una de las pocas actividades humanas donde las fronteras se difuminan y dejan de existir.

Mi sorpresa se mantiene desde que reflexioné por primera vez acerca de la traducción, que es probablemente el único milagro en el que podemos creer: ¿hacer que Platón hable francés?, ¿que Cervantes hable árabe?, ¿que al-Mutanabbi hable castellano?

Mi inquietud se debe a que, a pesar de todo esto, la traducción sigue siendo una actividad en el margen de nuestras sociedades y no es siempre bien tratada. No es extraño, ya que la traducción puede ser una actividad a contracorriente.

La traducción es una revolución cultural perenne, pacífica y discreta. Una revolución en la que se unen la búsqueda de la verdad (porque toda traducción es testimonio) con la fe en la humanidad (porque toda traducción es acto de hospitalidad), con el reconocimiento del pasado (porque los traductores resucitan las palabras de los muertos), con la solidaridad a nuestros coetáneos (porque hay quienes traducen las palabras de quienes se ven forzados a huir de su sociedad) y con la proyección hacia el futuro (porque los traductores velan por la transmisión de un ingente legado al futuro).

El principio de responsabilidad hacia el futuro, que todos tenemos muy presente en lo que se refiere a la necesidad de preservar el planeta, podemos extenderlo a la circulación de obras, ideas y actitudes que, gracias a la traducción, legaremos a las generaciones futuras. Cuando alguien traduce o retraduce a Catulo o a Ibn Arabi no solo está reconociendo el pasado y construyendo en el presente, sino contribuyendo a un futuro mejor.

De ahí que la traducción requiera el impulso, la cobertura, el apoyo de instituciones, de editoriales, de agencias diversas. Y de ahí que los traductores nos sintamos en ocasiones agradecidos, sorprendidos e inquietos.

Es muy importante lo que está en juego.

Muchas gracias.